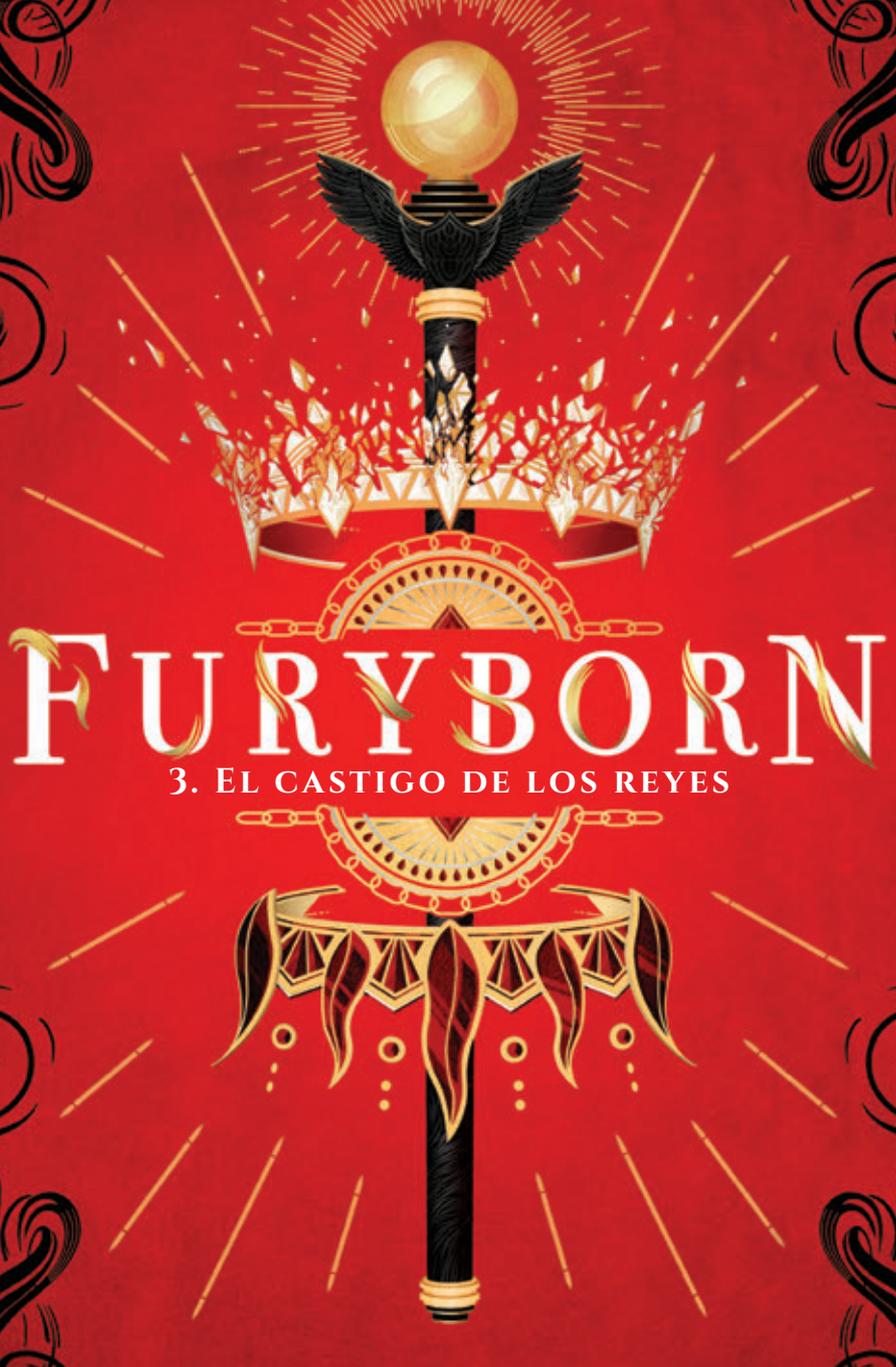


UN NUEVO PODER ACECHA



FURYBORN

3. EL CASTIGO DE LOS REYES

CLAIRE LEGRAND

CROSS
BOOKS

CLAIRE LEGRAND

FURYBORN

3. EL CASTIGO DE LOS REYES

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Kingsbane*
© Claire Legrand: 2019
© de la traducción: Paula Fernández Espriu, 2020
Diseño de interior y cubierta: Sourcebooks, Inc.
Ilustración y diseño de la cubierta: David Curtis
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2020
ISBN: 978-84-08-22680-2
Depósito legal: B. 4.941-2020
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

RIELLE

«Su Majestad la reina se complace en anunciar que lady Rielle Dardenne, a quien Su Santidad el arconte, con el apoyo del Consejo Magistral y de la Corona, ha nombrado recientemente Reina Solar, llegará a la ciudad de Carduel la mañana del 14 de octubre para presentarse como tal, rendir homenaje a los santos y demostrar sus habilidades ante aquellos que no pudieron asistir a las pruebas sagradas que tuvieron lugar a principios de este año.»

Proclama mandada por Genoveve Courverie,
reina de Celdaria, a los maestros de Carduel.
20 de septiembre, año 998 de la Segunda Edad.

Según parecía, que la nombraran Reina Solar no había servido para disminuir el dolor de sus sangrados mensuales.

Rielle había pasado media mañana en la cama y había decidido que jamás saldría de ella. Era ancha y limpia, adornada con montones de almohadas y con un edredón tan suave que le entró la tentación de robarlo. Según el propietario del Château Grozant, que la noche anterior había sido un manojo de nervios mientras acompañaba a Rielle y a su guardia a los aposentos correspondientes, se trataba de la mejor cama de la posada. Sin

duda, tenía que disfrutar de la habitación para agradecer a ese hombre y a sus empleados que lo hubieran preparado todo para ella de una forma tan meticulosa.

Se lo dijo a Evyline.

Evyline, capitana de la recién formada Guardia Solar, resplandeciente con su armadura dorada y su pulcra capa blanca, de pie en la puerta de la habitación, enarcó una ceja gris e inescrutable y contestó:

—Lo lamento mucho, mi lady, pero creo que pasar toda la mañana en la cama no forma parte de vuestra agenda para hoy.

—Pero tú puedes incluirlo, ¿verdad? —Rielle se puso un brazo sobre los ojos e hizo muecas a medida que los cambios regresaban con afán de vengarse intensamente. Se cambió de lugar la botella de agua caliente que le había llevado Ludivine, se la presionó contra el abdomen y murmuró una maldición—. Puedes hacer todo lo que te propongas, Evyline. Yo creo en ti.

—Estoy muy conmovida —dijo secamente esta—. Sin embargo, mi lady, solo disponemos de quince minutos; pronto nos esperarán abajo.

Alguien llamó a la puerta y, a continuación, se oyó la voz apagada de Ivaine, una de las guardias de Rielle:

—El príncipe Audric quiere ver a lady Rielle.

La chica asomó los ojos bajo el brazo:

—¡Pienso quedarme en la cama! ¡Para siempre!

—¡Vaya, pero si traigo un trozo de pastel! —fue la respuesta de Audric.

Rielle sonrió y se incorporó. Antes de que pudiera contestar, Evyline puso los ojos en blanco y abrió la puerta.

Audric entró con su elegante abrigo ceremonial de color verde esmeralda. Se lo veía muy satisfecho consigo mismo. Se acercó a la cama a grandes zancadas, se arrodilló al lado de Rielle y le mostró una bandeja de plata con un pedacito de tarta de chocolate.

—Para la Reina Solar —murmuró Audric mientras sus oscuros ojos bailaban—. Con los mejores deseos del chef.

Evyline chascó la lengua desde la puerta:

—¿Pastel para desayunar, mi lady? Tenemos un largo día por delante. Sin duda sería más adecuado comer algo más sustancioso.

—No hay nada más adecuado que un pastel cuando has viajado durante un mes y tienes el cuerpo hecho papilla. —Rielle puso el plato en la mesilla y se volvió hacia Audric con una sonrisa. Le sujetó el rostro con las manos y saboreó con la mirada su piel cálida y morena, sus rizos oscuros y su amplia sonrisa—. Hola.

—Hola, cariño. —Él apresó suavemente la boca de Rielle con la suya—. ¿Quieres que te deje a solas con tu pastel?

—Ni se te ocurra. Tendrías que sentarte conmigo y ordenar a todo el mundo que nos dejaran solos el resto del día. —Le rodeó el cuello con los brazos y le susurró al oído—: Y después tendrías que besarme, por todos lados, una y otra vez, hasta que me cansara de ello, cosa que nunca pasaría.

Evyline se aclaró la garganta y salió de la habitación. Al hacerlo, cerró la puerta tras ella sin hacer ruido.

Audric rio en el pelo de Rielle:

—Y yo que pensaba que no te encontrabas bien...

—Es cierto, me encuentro fatal. —Cerró los ojos mientras él la besaba en las mejillas, la frente y el hueco de la garganta—. Aunque esto ayuda —murmuró.

Enredó los dedos en los rizos de Audric y lo atrajo hacia ella con suavidad, con el rostro fundido en una sonrisa. Se acercó más a él y lo agarró por la camisa. Él le recorrió la espalda con una de sus palmas. La caricia fue tan dulce que a Rielle se le llenó la piel de ligeras ondas temblorosas. Con la otra mano, Audric le rodeó el pecho a través de la fina tela del camisón, y ella se arqueó hacia él emitiendo un suave chillido.

Un barullo lejano se empezó a oír en el patio de la posada: estallidos de petardos, campanas que repiqueteaban y ovaciones de niños que esperaban para ver por primera vez a la Reina Solar.

Pero Rielle hizo caso omiso de todo eso y, en su lugar, dejó que Audric la tumbara con delicadeza sobre las almohadas. Entrelazó los dedos con los suyos, le rozó levemente la mandíbula

con los dientes y, a continuación, le pasó con suavidad la lengua por la piel.

—Rielle —dijo él con voz ronca, e hizo que sus bocas se encontraran—. No tenemos tiempo.

«Lamento interrumpir —se oyó la voz remilgada de Ludivine—, pero ¿qué excusa debo dar a la encantadora gente de Carduel que espera con gran entusiasmo para ver a su Reina Solar? ¿Que en estos momentos está indispuesta? ¿Que su príncipe le está metiendo la lengua hasta la campanilla?»

Rielle se apartó de Audric con un gruñido:

—Yo la mato.

Él la miró desde abajo, donde le había estado prodigando besos en el cuello:

—¿Lu?

—Nos está regañando.

«¿Preferirías que fuera Tal quien lo hiciera?», sugirió Ludivine.

Al imaginárselo, Rielle estuvo a punto de ahogarse: «¡No!».

«Estaría encantada de quedarme sentada bajo este toldo a disfrutar de mi té tranquilamente y enviarlo a él en mi lugar.»

«No, no, ya vamos. Danos un momento.»

Ludivine se quedó callada y, a continuación, dijo con suavidad: «Esta es nuestra última parada. Pronto estaremos en casa.»

«Ya lo sé. —Rielle suspiró—. Gracias.»

Le tocó la mejilla a Audric:

—Deberías afeitarte.

Él sonrió:

—Creía que te gustaba así. ¿Cómo lo llamaste?

—Un poco desaliñado. Me gusta, sí. Me encanta cómo te queda y adoro notarlo en los muslos cuando me...

Audric la cortó con un gruñido y un beso:

—Creía que ahora debíamos ser responsables y salir a dar la bienvenida a las masas.

—De acuerdo, de acuerdo... Eso haremos.

Rielle se separó poco a poco de sus brazos y dejó que la ayudara a salir de la cama. Cuando se volvió para mirarlo y lo vio tan guapo y sereno, con los labios hinchados por los besos y los

rizos bañados por la luz dorada del sol que entraba por la ventana, se le cortó la respiración.

Las palabras que Ludivine le había dicho hacía unas semanas regresaron a ella, afiladas y punzantes: «Y tú le has mentido a Audric acerca de la muerte de su padre. Estamos hechas la una para la otra».

El pecho le contrajo el corazón. De repente, anhelaba más que nada en el mundo abrazar a Audric y no dejar que se fuera de su lado nunca más. En cambio, soltó:

—Te quiero.

Él le tomó el rostro entre las manos como si pretendiera grabar esa imagen para siempre en su memoria.

—Te quiero —contestó con ternura, y se inclinó para besarla una vez más. Entonces, le murmuró en la boca—: Mi luz y mi vida. —Y se fue.

Antes de que se cerrara la puerta, mientras Evelyne volvía a entrar en la habitación acompañada de las dos doncellas de Rielle, un paje llegó al rellano, jadeando después de haber subido por las escaleras.

—Mi señor príncipe —le dijo a Audric—, traigo un mensaje para vos, es del norte...

Pero la puerta se cerró en ese momento, y la respuesta de Audric se perdió.

—¿Qué vestido os pondréis hoy, mi lady? —preguntó una de las doncellas de Rielle. Se trataba de Sylvie, la más joven de las dos, que iba ataviada con el traje blanco y dorado que llevaban todas las ayudantes nuevas de la recién nombrada Reina Solar.

En ausencia de Audric, el dolor abdominal regresó. Se agarró la parte inferior de la barriga con una mano y, con la otra, se metió el pastel en la boca.

—Algo cómodo —declaró— y rojo.



Hacia un mes que viajaban por el corazón de Celdaria para presentar a Rielle como la recién nombrada Reina Solar. La recep-

ción en cada una de las trece ciudades y pueblos visitados hasta el momento había sido, tal como decía Ludivine con ironía, «apasionada».

La ciudad de Carduel no fue una excepción.

Cuando Rielle salió del Château Grozant y se dirigió al camino empedrado que llevaba a la Casa de la Luz, estuvo a punto de caerse de espaldas ante el muro de sonido que la recibió.

Carduel tenía poco menos de mil habitantes, y todos sin excepción habían acudido a la presentación de Rielle. Estaban alineados a lo largo del camino y llevaban sus atuendos más elegantes: abrigos bordados con los extremos del color del oro y con un corte que había pasado de moda hacía algunas temporadas; vestidos brocados que ya estaban tiesos por la falta de uso y descoloridos por el paso del tiempo, y diademas enjorjadas que atrapaban la luz de la mañana y la proyectaban en estallidos titilantes sobre el pavimento. Los niños, sentados sobre los hombros de sus padres, lanzaban pétalos blancos y agitaban medallones dorados en forma de sol. Había acólitos de la Casa de la Luz de Carduel cada pocos metros. Estos estaban de pie y sujetaban sus forjaduras, que brillaban con suavidad.

Audric abría la procesión. Ludivine iba de su brazo con un vestido de verano de color lavanda y perlado. Los guardias los rodeaban formando un amplio círculo.

Rielle los observaba con un ligero malestar en el esternón. Aunque no se hubiera anunciado de forma oficial, la verdad resultaba obvia. Si se prestaba un mínimo de atención, era imposible no darse cuenta de que la Reina Solar y el príncipe heredero se veían a hurtadillas, noche tras noche, en sus respectivas habitaciones, así que la noticia había viajado con rapidez por todo el país.

Algún día no muy lejano tendrían que dar un paso adelante, apaciguar la Casa Sauvillier, hacer público que el compromiso se había roto e introducir la idea de que Rielle era la amante de Audric.

Pero aún no había llegado ese día.

Un chillido agudo llegó desde arriba y convirtió su sonrisita en una sonrisa radiante.

Cuando *Atheria* descendió, los ciudadanos más cercanos a Rielle gritaron y se apresuraron a alejarse para dejarle espacio. El gigantesco animal divino aterrizó junto a ella sin apenas hacer ruido y recogió cuidadosamente las alas.

—Por fin has llegado —la arrulló Rielle, y se puso de puntillas para plantarle un beso en el hocico aterciopelado—. ¿Has estado cazando?

La chavaile respondió con un chirrido y miró a su alrededor con curiosidad y los ojos brillantes.

La joven rio mientras empezaba a ascender hacia la humilde Casa de la Luz de Carduel con *Atheria* a su lado. Notaba los ojos de la multitud clavados en ella, así que se irguió, con las mejillas sonrojadas de satisfacción. Algunos le devolvían la mirada cuando pasaba por su lado, otros sonreían y apartaban la vista, incluso algunos se inclinaban ante ella, le besaban los dedos y, a continuación, se tocaban los párpados: el signo propio de la oración en honor a santa Katell y a la Casa de la Luz.

Cuando Rielle llegó a la entrada del templo, tenía los brazos llenos de flores y multitud de suaves pétalos blancos esparcidos por el pelo.

Tal, que la esperaba en la puerta con su toga magistral escarlata y dorada, le quitó un pétalo del cuello del vestido:

—Llegas tarde.

Rielle lo miró arrugando la nariz:

—Las reinas solares pueden demorarse si lo desean, lord Belounnon —contestó, y a continuación le hizo una gran reverencia.

Él le cogió las manos y la besó en la frente.

—Última parada —le recordó en voz baja en medio del alboroto.

—Doy gracias a Dios por ello.

Él le miró el vestido rojo y enarcó una ceja:

—No estoy seguro de que haya sido muy inteligente escoger algo rojo entre todo el repertorio del que dispones.

Rielle puso los ojos en blanco. Ya se había imaginado que él no aprobaría ese vestido y su falda de un carmesí intenso. Para él, ese era el color de los empuñafuegos.

Para ella, se podía interpretar como un tono de la Reina Sangrienta.

Tomó el brazo que Tal le ofrecía y lo acompañó hacia el altar que había en el interior del templo. Él dio comienzo a la ceremonia de bienvenida —que en aquel momento a Rielle le resultaba tan familiar que la podría haber recitado de memoria—, y ella dejó vagar su atención. Sabía que hacer eso era bastante desconsiderado.

Sin embargo, si escuchaba a Tal elogiar una vez más el coraje y el heroísmo que demostró el día de la prueba del fuego, se pondría a chillar y a confesar cosas que no debía.

Rielle permaneció con una expresión de serena humildad mientras Tal hablaba de aquella tragedia y de los civiles inocentes que habían perdido la vida. Recordó a los soldados ejecutados de la familia Sauvillier, a quien lord Dervin, cegado por la ambición, había manipulado para que cometieran una traición.

«Ambición —pensó Rielle—. Menudo eufemismo.»

«Presta atención —la regañó Ludivine—. Se te ve aburrida.»

«Es que lo estoy. —Rielle inspiró profundamente—. Deberíamos contarles la verdad.»

«Ah, claro. ¿Les decimos que un ángel poseyó las mentes de sus conciudadanos? ¿Que los ángeles van a regresar? ¿Que el Portal se está debilitando? Sí, me parece una idea estupenda.»

«¿Durante cuánto tiempo crees que seguirán creyendo esas mentiras y omisiones? —Rielle paseó la vista con atención por el santuario, donde se habían reunido tantos ciudadanos que el aire se había vuelto cálido y húmedo—. No son estúpidos. Deberíamos dejar de tratarlos como tal.»

—...y, por supuesto —prosiguió el maestro Belounnon con una voz solemne que adquiría una intensidad adicional. Rielle, que sabía lo que iba a continuación, se puso tensa—, aún lloramos las muertes de Armand Dardenne, lord comandante del ejército real, y de nuestro amado y difunto rey, Bastien Courverie, un hombre compasivo y valiente que llevó al país a una era de paz y de prosperidad sin precedentes.

Rielle bajó la vista y se miró las manos. Tragó saliva con

fuerza. No quería pensar en su padre, en el rey Bastien ni en lord Dervin. No quería pensar en el glorioso momento en el que, justo antes de detener sus corazones, había tenido el empirio a su merced.

Aunque cerró los ojos para combatir ese recuerdo, su mente evocó más cosas: la sensación de que el mundo se hacía pedazos bajo sus órdenes. El calor que se le acumulaba en las palmas. La detonación de un poder jamás visto que le hacía volar el pelo hacia atrás. El empirio, puro y cegador, reflejaba su propia furia y su propio miedo.

Corien se arrastraba para huir de ella, con el cuerpo destrozado y lleno de heridas brillantes.

Dos hombres yacían inmóviles a sus pies.

Su padre usaba el último aliento para cantarle la nana de su madre.

Una madre y un padre. Ambos muertos en sus manos.

Rielle abrió los ojos y se miró fijamente los dedos apretados y blancos. Las palabras de Tal siempre la obligaban a recordar aquel día horrible y maravilloso —el día en el que su padre murió, el día en el que transformó el fuego en plumas, mató a un rey y empezó a entender hasta dónde podía llegar realmente su poder—. Cada vez, se veía forzada a reconocer esa verdad que no podía eludir: si se le presentara la oportunidad, lo haría todo exactamente igual. No cambiaría nada de lo que había pasado aquel día si eso significara renunciar al breve momento en el que su consciencia había resplandecido al alcanzar el empirio en su estado más puro y al notar en la lengua su poder chisporroteante con sabor a tormenta.

Incluso si eso significara que tanto su padre como el de Audric siguieran vivos. Aun así, no cambiaría nada, y su corazón, impregnado de un placer oscuro, se agitó avergonzado pero resuelto.

Entonces, Ludivine habló: «Cuatro hombres se acercan entre la multitud con la intención de asesinarte».

Rielle se estremeció. «¿Cómo? ¿Quiénes son?»

«Gente que perdió a sus seres queridos en la prueba del fuego. Te culpan de la masacre. No se fían de ti. No hagas nada

hasta que no te lo diga. Debemos esperar el momento adecuado.»

Rielle apretó los puños. «Dime ahora mismo dónde están y los haré trizas.»

«Seguro que eso apaciguaría los ánimos de todos los que dudan de ti», dijo Ludivine con frialdad.

«¿Llevan armas?»

«Sí.»

Las garras ansiosas de la ira le recorrieron la columna vertebral. «Estás poniendo en riesgo las vidas de Audric y Tal, no lo olvides.»

«Una mujer está a punto de interrumpir la ceremonia. Déjala hablar. Prepárate.»

Al instante, una ciudadana emergió del frente de la multitud. Tenía la piel oscura y llevaba un vestido azul celeste de cuello alto. Caminó hasta que los acólitos de Tal le cerraron el paso.

—Asesinaron a mi hija —exclamó con una voz fina y cascada que interrumpió a la del maestro—. Murió en la prueba del fuego. La asesinaron. Era mi hija.

La sala se sumió en el silencio. Audric se puso de pie.

—Había ido a ver la prueba del fuego —continuó diciendo la mujer con los ojos llenos de lágrimas brillantes—. A rendir homenaje a la Reina Solar. Un soldado de la Casa Sauvillier la mató. —Con mano temblorosa, la mujer señaló a Ludivine—. Su casa. Sin embargo, ahí está ella, sana y salva.

La muchedumbre se movió y empezó a murmurar. Ludivine se levantó con una expresión de elocuente compasión.

«Ahí viene», advirtió Ludivine.

Rielle se puso tensa. Se resistió a mirar por toda la habitación. «¿Qué es lo que viene?»

—Vos la devolvisteis a la vida. —La mujer miró a Rielle a los ojos—. Así que también deberíais resucitar a todos los demás. Si no lo hacéis, no tenéis ningún valor para nosotros. Sois un cobarde y un fraude.

Las voces de la multitud crecieron y se convirtieron en un rugido sordo. Se oían insultos dirigidos a la mujer y algunas exclamaciones airadas que apoyaban sus palabras.

Rielle dio un paso atrás para alejarse de ellos. «No deberías haberles mentido. Tendríamos que haber contado la verdad.»

«¿Que soy un ángel? —se burló Ludivine—. Sí, me habrían aceptado con entusiasmo.»

«Claro que sí. Yo los habría obligado.»

«Debo ser capaz de protegerte. No puedo pasarme los días ahuyentando los miedos de la gente de mente estrecha dondequiera que vaya... ¡Ahora, Rielle! ¡A tu izquierda!»

Entonces, se volvió y alzó la mano. El fuego de los cirios del altar voló hacia ella: decenas de llamas se fusionaron en una sola bola incandescente. La tomó en la mano y, a continuación, la lanzó contra las cortinas de un balcón situado en la pared más alejada.

El nudo de fuego consumió la flecha que se dirigía hacia ella y la convirtió en cenizas.

El ruido estalló entre la multitud. Algunos corrían hacia las puertas. Otros tumbaban a sus hijos en el suelo y los protegían con su propio cuerpo.

Audric se puso enseguida ante Ludivine y desenvainó a *Iluminador*. En el momento en el que la gran hoja golpeó el aire, la forjadura destelló con una luz resplandeciente y un calor repentino crepitó alrededor del príncipe.

Evyline vociferó unas órdenes, y la Guardia Solar —compuesta por siete mujeres— se dispersó proyectando destellos dorados y formó un perímetro de protección. Rielle oyó un tañido agudo y se volvió en dirección a la pared opuesta. Más que ver la flecha, la sintió. Antes de que su mente llegara a decidir cómo actuar, el empirio hizo que el poder le corriera de forma instintiva por la sangre. Rielle atrajo una ráfaga de viento sobre su cabeza y la usó para golpear el proyectil contra una de las altas vigas arqueadas del santuario, donde el objeto se partió en dos y cayó sin causar daños.

Un tercer hombre empezó a subir las escaleras del altar, armado con una daga larga que le centelleaba en las manos. Audric, con *Iluminador* en llamas, lo interceptó y lo desarmó de un golpe. El otro, indefenso, cayó de rodillas al instante.

—Piedad, Su Alteza —suplicó, juntando las manos y pasando la mirada de Audric a Rielle—. ¡Por favor, os lo suplico!

Al oír un grito que provenía de la multitud, Rielle se volvió a tiempo de ver cómo un grupo de mujeres jóvenes derribaba al cuarto asesino. Tres de ellas lo sujetaron contra las pulidas baldosas del suelo, y otra le quitó la daga de la mano de un puntapié. Una quinta le dio una fuerte patada en la cabeza con su bota brocada. La multitud la aclamó, así que ella lo golpeó de nuevo.

«Muéstrale piedad —le sugirió Ludivine—. Las personas que hay aquí y que te quieren, que son muchas, te adorarán aún más por ello.»

Rielle, con las puntas de los dedos echando chispas, levantó las manos.

—¡Deteneos! Apresadlo, pero no le hagáis daño.

Apagó el fuego de las palmas y se arrodilló junto al hombre.

—Lamento tu pérdida —dijo Rielle con una voz más amable, aunque se moría de ganas de reunir de nuevo el fuego para hacer que el hombre siguiera llorando de miedo—. Todavía estoy aprendiendo y espero que llegue el día en el que nadie en Celdaria tenga que sufrir el dolor de una muerte innecesaria. Trabajaré sin descanso junto a Su Majestad la reina Genoveve para conseguirlo.

Por un momento, el hombre clavó una mirada furiosa en Rielle, con la sangre chorreándole por la frente y la nariz, pero entonces, mientras ella lo observaba, el rostro se le suavizó y los ojos se le nublaron. Puso una expresión maliciosa que a Rielle le resultaba familiar.

Una de las mujeres que lo sujetaban contra el suelo gritó y se alejó de él enseguida.

Rielle sintió un cosquilleo en la piel.

El hombre abrió la boca para decir algo, pero ella no reconoció las palabras. Se trataba de una lengua áspera, pero de algún modo resultaba lírica. Aunque Rielle no conociera esa lengua, entendió bastante bien lo que pretendía decir.

Era una burla. Una provocación.

Una invitación.

Bajo la voz del hombre se oía el murmullo de otra diferente. Era una voz conocida que Rielle no había oído desde hacía semanas.

Se puso rígida. «¿Corien?»

El hombre sonrió y, a continuación, los ojos se le aclararon. Se le tensó el cuerpo, convulsionó y, a continuación, se quedó inmóvil.

Rielle se puso de pie y caminó lentamente hacia atrás para alejarse de él. El latido salvaje de su corazón ahogaba los sonidos de los espectadores que se acercaban a empujones para verlo todo mejor y que lanzaban preguntas a gritos a Tal, a Audric y a sus conciudadanos.

La Guardia Solar se arremolinó alrededor de Rielle y formó un círculo cerrado. La condujeron de inmediato hacia la salida del templo; la guardia de Audric las seguía de cerca.

Sonó la voz urgente de Ludivine: «Debemos marcharnos ahora mismo».

Rielle murmuró una protesta e hizo un esfuerzo para espabilarse mientras salían al exterior. *Atheria* brincaba nerviosa en el jardín del templo, con las alas desplegadas y lista para volar.

Rielle se volvió y vio que Ludivine y Audric se dirigían hacia ella. La multitud se les acercaba cada vez más, y el círculo de guardias apenas podía contenerla.

—Tenemos que quedarnos —protestó Rielle, mirando a su alrededor. Un hombre empujó hacia delante a su hijo pequeño, que alargó el brazo sollozando para tocarle la falda a Rielle—. ¡Están asustados!

«No.

»Sube.»

La voz de Ludivine cortaba como un cuchillo. Rielle tropezó y se sujetó al pecho de *Atheria*. El animal divino se arrodilló a sus pies. La chica, aturdida, montó sobre su lomo. Oyó que Audric y Ludivine subían tras ella y notó que él le ceñía la cintura con los brazos.

—Hazla volar —dijo Ludivine con voz tensa—. Nos vamos.

«No podrá alcanzarte. —En la mente de Rielle, la voz de su

amiga sonaba grave y temblorosa, como el retumbar de un trueno cercano—. Nunca más podrá alcanzarte.»

A lo lejos, Rielle se dio cuenta de que no tenía el control de su propia mente. Ludivine estaba en sus pensamientos, reprimiéndola, calmándola, aunque ella no quisiera estar tranquila.

Sin embargo, se agarró a la crin de la chavaile y dijo con voz ronca:

—Vuela, *Atheria*.

El animal divino obedeció.